

El apostolado intelectual en la misión de la Compañía hoy.

A TODA LA COMPAÑÍA

QUERIDOS PADRES Y HERMANOS,
PAX CHRISTI.

Os dirijo esta carta sobre el apostolado intelectual por dos razones principales.

Primero porque debo poner de relieve la importancia que tiene para que la Compañía pueda llevar a cabo su misión hoy. No faltan quienes lo han puesto en duda preguntándose si el apostolado intelectual sigue teniendo cabida en la Compañía después de la Congregación General 32. Es cierto que esta desconfianza se ha atenuado a medida de que se ha ido profundizando en el conocimiento de los decretos de la Congregación. Sin embargo, la responsabilidad que tengo de procurar que la Compañía cumpla cada vez mejor su misión, me impulsa a insistir en la necesidad de aportar nuevas energías al apostolado intelectual hoy. De esto tratará la primera parte de mi carta.

La segunda razón — quizás más importante en la práctica — es que la Congregación General 32 se hizo algunas preguntas acerca del apostolado intelectual y señaló algunas directrices para quienes han de embarcarse en él. Me siento obligado a comentarlas y a subrayar algunas de ellas. Este será el tema de la segunda parte.

Aunque la carta va dirigida ante todo a los que están directamente dedicados al apostolado intelectual, se la envío a todos los jesuitas porque todos deben darse cuenta del puesto que a este apostolado corresponde en el conjunto de nuestros compromisos y porque, en definitiva, la misión de la Compañía no es más que una, y en ella se engloba cualquier tarea apostólica.

Otra advertencia preliminar. Algunos esperarían, quizás, que comenzase esta carta definiendo qué es el « apostolado intelectual ». Me temo que no conseguiría una definición capaz de satisfacer a todos, ni que pudiese objetivar su rica complejidad. Me contentaré, por tanto, con decir sencillamente qué entiendo cuando uso esa expresión.

Me refiero tanto al apostolado que se ejerce mediante actividades

intelectuales como al apostolado entre los intelectuales. Pienso en nuestros profesionales de las ciencias, la investigación, la reflexión, la literatura o el arte, en los dedicados a tareas docentes o formativas, en nuestros publicistas, aun a nivel de vulgarización. Y cuando digo « intelectuales » aludo a los pensadores, investigadores, hombres de ciencia, a los profesionales de cualquier actividad típicamente intelectual. Abarco también el mundo de los jóvenes que se preparan intelectualmente, sobre todo en los niveles superiores, aunque el adiestramiento intelectual comience ya, por lo menos, en la segunda enseñanza.

PRIMERA PARTE

EL APOSTOLADO INTELLECTUAL ENTRE LAS OPCIONES ACTUALES DE LA COMPAÑÍA

¿Qué relación existe entre « apostolado intelectual » y « misión de la Compañía hoy »? ¿Qué nivel hay que atribuir a este apostolado en nuestra escala de actividades en la actualidad?

Crisis y cambio en el mundo intelectual y cultural

Creo que es fácil contestar esas preguntas si sabemos intuir la realidad actual. Baste recordar el diagnóstico que de ella hizo la Congregación General 32: grave situación de injusticia y, en no menor medida, de profunda crisis y transformación intelectual.

La Congregación señaló este segundo componente ya desde el comienzo del decreto 4º al decir que « *buen número de nuestros contemporáneos están fascinados, incluso dominados, por los poderes de la razón humana* » (n. 5) y al describir más adelante el impacto de los avances tecnológicos y de las ciencias humanas (n. 25).

Esta « *mutación cultural y socio-estructural* » está íntimamente relacionada con la « *secularización* » (n. 26).

Dimensión intelectual de las opciones-clave

Este cuadro adquiere perfiles aún más concretos cuando la Congregación pasa a señalar las tareas prioritarias que se deducen de este diagnóstico: el servicio de la fe y la promoción de la justicia. Ambas son presentadas con una importante componente intelectual.

Comencemos con el servicio de la fe. La Congregación nos dice que tenemos que trabajar « *en la búsqueda de un nuevo lenguaje, unos nuevos símbolos* » (n. 26), en la renovación y adaptación de las « *estructuras de la reflexión teológica, de la catequesis, de la liturgia*

y de la acción pastoral » (n. 54) y en el estudio de « los grandes problemas a los que la Iglesia y la Humanidad deben hoy hacer frente » (n. 60).

Promoción de la justicia: exige que « estemos dispuestos a consagrarnos a los estudios austeros y profundizados que se requieren cada vez más para comprender y resolver los problemas contemporáneos » (n. 35; cf. n. 44). La Congregación, además, insiste en la injusticia de las estructuras (nn. 31, 40). Ahora bien, ¿cómo es posible analizar esas estructuras e idear su reforma sin un estudio a fondo?

Una objeción

Pero ¿no cabe arguir que, a pesar de esas exigencias, la Congregación General 32 corre el peligro de alejarnos del mundo intelectual y minusvalorar ese apostolado al haber mostrado tal preferencia por « el servicio de los pobres » (n. 60) y desear que nos solidaricemos activamente con « los sin voz y los sin poder »? (n. 42).

La respuesta a esta dificultad debe ir muy matizada. Efectivamente, mal podremos servir a los pobres si no tenemos con ellos un estrecho contacto y nos falta un mínimo de experiencia acerca de su vida.

Sin embargo no es menos cierto que precisamente para promover la justicia y servir a los pobres, tendremos también que dirigir nuestra actividad a quienes « tienen responsabilidad o influencia sobre las estructuras » (n. 40), a los que pueden llegar a ser « agentes de transformación social » o « multiplicadores para el proceso mismo de educación del mundo » (n. 60). Ahora bien, los intelectuales figuran entre quienes tienen influencia social. Y buena parte de los agentes de transformación social sigue reclutándose, aunque no exclusivamente, entre la juventud que estudia.

La invitación genérica a la seriedad intelectual ha de concretarse en un apostolado intelectual especializado y organizado

Llama la atención el que la mayor seriedad intelectual posible sea exigencia de la Congregación para cualquier actividad del Jesuita, sin que quepa reducir a esto el mensaje de la Congregación, ni siquiera en sus más explícitas formulaciones. Pero al mencionar las áreas privilegiadas de nuestro apostolado, apunta dos que tienen estrecha relación con el apostolado intelectual: la educación de la juventud (« que hay que proseguir e intensificar ») y la « investigación y reflexión teológica » (n. 60).

La Congregación, además, hace expresa referencia a los decretos

de la Congregación General XXXI, algunos de los cuales versan sobre el apostolado intelectual (decr. 28, 29 y 30). Con ello reitera la declaración de que es urgente dedicar sacerdotes a « *la investigación científica o la enseñanza, especialmente la de las ciencias sagradas* » ... « *forma auténtica del apostolado de los sacerdotes de la Compañía* » (CG 31 d. 23, n. 8).

Aun independientemente de esas citas, es claro que la Compañía en cuanto « *cuero* » no respetaría la dimensión intelectual inherente a nuestras opciones apostólicas preferenciales si no destinara un significativo contingente de los Nuestros a trabajar primaria y específicamente en tareas de investigación y ciencia, y, en términos generales, en un apostolado explícitamente intelectual.

Por lo demás, en no pocos casos, el marco ideal para esta actividad no podrá ser otro que el de centros perfectamente organizados, universidades, institutos de investigación, colegios, revistas ... (n. 7).

Recomendaciones de S. S. Pablo VI

Para concluir, y habiendo escuchado ya a la Congregación General, debemos recordar que nuestra misión nos viene de más arriba. Ahora bien, algunas expresiones del Papa, a cuya luz hemos de interpretar incluso la misma Congregación, inciden significativamente sobre este tema.

Por ejemplo: en su alocución del 3 de Diciembre de 1974, cuando describe a nuestra Compañía como « *Compañía de 'enviados' de la Iglesia* », puntualiza acto seguido que de ello se sigue « *la investigación y la enseñanza teológicas, ... el apostolado de las publicaciones y ediciones, ... el apostolado social y la actividad intelectual y cultural que desde las escuelas para la formación integral abarca todos los grados de la formación universitaria y de la investigación científica* ». Pocas líneas después, en el mismo discurso, recordáis cómo el Papa reconocía como distintivo propio de la Compañía el hecho de que « *incluso en los campos más difíciles y de primera línea, en los cruces de las ideologías, en las trincheras sociales, donde quiera ha habido o hay confrontación entre las exigencias urgentes del hombre y el mensaje cristiano, allí han estado y están los jesuitas* ». Ciertamente que en esta cita no se trata en exclusiva del apostolado intelectual. Pero es innegable que éste ocupa un puesto relevante en el pensamiento del Santo Padre.

No dejó Pablo VI pasar la ocasión de recordarnos el encargo que nos confiara en 1965 acerca del ateísmo. Encargo cuyo cumplimiento, al menos en parte, pasa a través de un apostolado intelectual.

El 6 de Agosto de 1975, en la audiencia concedida a los Rectores

y Presidentes de las Universidades de la Compañía, confirma de nuevo la « *grave misión* » que incumbe a la Compañía en el campo de la « *cultura moderna* ».

El tema queda abierto...

Esta carta no pretende ser un tratado ni aspira a exponer en toda su profundidad teológica la relación entre inteligencia/conocimiento y fe/evangelización. Confío esta tarea a aquellos de vosotros que han reflexionado sobre el tema. Una cosa queda clara: la misión que hemos recibido y nuestras propias opciones actuales exigen que nos comprometamos en serio en variadas formas de apostolado intelectual.

SEGUNDA PARTE

ORIENTACIONES DE LA CONGREGACIÓN GENERAL XXXII SOBRE EL APOSTOLADO INTELECTUAL

¿Se deduce de cuanto llevamos dicho que hemos de seguir adelante con cuanto veníamos haciendo limitándonos sencillamente a revigorizar lo que pudiera haber decaído, o que tendremos que lanzarnos a acometer obras nuevas y reestructurar las actuales?.

Ambas cosas, diría yo, según los casos. Y ello en virtud de un ponderado discernimiento para el que la Congregación ha fijado algunos criterios que añadir a los que ya están en las Constituciones.

El apostolado intelectual — como cualquiera otra forma de nuestra actividad apostólica — debe ser sometido a revisión (nn. 70 y ss.) y los Jesuitas que a él se consagran tienen que hacerse las mismas preguntas que la Congregación fija para todos (n. 74). Con todo, hay algunos puntos concretos en los que, sin pretender ser exhaustivo, querría detenerme un poco.

Selección de áreas y especialidades

Ante todo la selección del área de nuestro apostolado intelectual debe hacerse en función de los criterios prioritarios determinados por la Congregación: el servicio de la fe y la promoción de la justicia. Y esos mismos criterios han de condicionar la orientación hacia ese apostolado de nuestros jóvenes que tengan cualidades para él. Porque no cualquier tipo de quehacer intelectual o de investigación encaja de la misma manera en nuestra misión. Y, por otra parte todavía no estamos eficazmente presentes en algunas áreas del mundo intelectual donde deberíamos hallarnos en virtud de las opciones de la última Congregación.

En cuanto a las especialidades, nuestros criterios reservan los primeros puestos a las ciencias sagradas — exégesis, teología, moral, espiritualidad ... — tal como pedía ya la Congregación General XXXI (d. 29, n. 1, b). Nuestra responsabilidad es tanto mayor cuanto no son muchos los que pueden prestar este servicio a la Iglesia.

La Filosofía — respecto a la cual deberemos revisar nuestra situación en más de un sitio — sigue en el orden de preferencias, junto con las ciencias antropológicas y, concretamente, las sociales¹.

Sigue siendo conveniente que algunos de los Nuestros se dediquen a otras ramas de las ciencias, a las matemáticas, a las ciencias naturales. Su elección ha de ir precedida de un discernimiento más exigente que el utilizado en el caso de la teología y ciencias humanas que son opciones preferentes. Más de una razón hay para ello ... Recordemos que ya la CG XXXI reconocía la influencia de las ciencias matemáticas y naturales (aunque a veces se necesite la mediación de los filósofos y vulgarizadores) en la formación de la « *mentalidad moderna* ». Y ¿cómo vamos a poder llevar a cabo una reflexión teológica que les sea inteligible sin un profundo conocimiento de las raíces científicas de esa mentalidad? Más aún: ¿cómo hacer presente la Iglesia y mantener los indispensables contactos personales en un sector mundial de tan vital importancia como el científico y técnico sin conceder a las ciencias el valor que les corresponde?. No olvidemos, además, que las conquistas de las ciencias exactas y naturales son con frecuencia excelentes aportaciones a la victoria contra calamidades y miserias de todo tipo. La caridad también llama por aquí.

Claro que no podemos hacerlo todo. No daríamos abasto y caeríamos en la dispersión. Pero debemos tener ante los ojos el amplio abanico de posibilidades que se abre ante nuestro apostolado y la lista de áreas de trabajo que — en función de las necesidades y de nuestros recursos — son compatibles con nuestra vocación. Sé que a lo citado hasta ahora habría que añadir el mundo de la literatura y de las artes, y el de los medios de comunicación, sectores todos ellos en que la colaboración entre los Nuestros ha experimentado en los últimos tiempos un consolador incremento.

Para una elección más segura habrá que tener en cuenta el talento y la vocación personal y discernir qué es lo más urgente en tal o cual circunstancia y qué es lo más necesario en una perspectiva de futuro.

Agradecería que aquellos que por dominar amplios sectores culturales están capacitados para hacer sugerencias a propósito de nuestras opciones, quieran comunicármelas para bien de todos.

¹ CG XXXI, d. 23, n. 8 y CG XXXII, d. 4, nn. 35 y 44.

Investigación, enseñanza y otras formas de presencia apostólica entre los intelectuales

Idénticos criterios deben inspirar también la distribución y justo equilibrio de nuestras fuerzas entre investigación, enseñanza y otras formas de presencia apostólica entre los intelectuales.

La investigación apunta a largo plazo, criterio siempre privilegiado en la Compañía (« *bonum magis duraturum* »). La educación de la juventud, en la mente de la Congregación General XXXI, es uno de « *los campos en que está en juego toda la persona humana* » (d. 23, n. 8), afirmación no desmentida por la Congregación General XXXII (d. 4, n. 60). En cuanto a otras formas de presencia apostólica entre los intelectuales, su importancia deriva de que permite establecer trascendentales contactos con hombres y mujeres que tienen un influjo enorme sobre sus contemporáneos por no decir sobre toda la sociedad y sus estructuras.

Permítaseme añadir que todo centro de estudios superiores dirigido por la Compañía — muy especialmente los de estudios teológicos y filosóficos — tienen la responsabilidad de mantenerse en un alto nivel no sólo docente, sino también de investigación, al menos en una especialidad cuidadosamente elegida. Y los programas de esta investigación deberán ser sometidos a constante evaluación no menos que los programas docentes.

Por lo que toca al apostolado *entre* los intelectuales — que ni es actividad científica a jornada completa ni actividad docente propiamente dicha — querría señalar que es importantísimo que los que se dedican a él tengan una suficiente preparación, incluso científica, en la materia que cultivan aquellos entre quienes se mueven y que actualicen constantemente sus conocimientos — y también los teológicos — para mantenerse a la altura de los problemas que se les presenten.

Formación continua de los operarios intelectuales

Ni siquiera los investigadores y docentes están inmunizados contra el inexorable envejecimiento de la primera formación. Todos, pues, deberían hacerse esta pregunta: ¿he abandonado en todo o en parte el estudio serio y mi puesta al día intelectual, y quizá también la espiritual, desde que acabé mi doctorado o poco después?

La llamada de la Congregación General XXXII a la formación continua (d. 6, nn. 18-20, 35) no va dirigida sólo a los operarios dedicados al ministerio pastoral. Esta formación continua del jesuita intelectual, reconozcámoslo, requiere, entre otras cosas, una percepción muy fina de la evolución de la teología y, en no menor

medida, capacidad de asimilación de cuanto otros hermanos nuestros experimentan en sus contactos más directos, o más numerosos, o más diversificados, con todo tipo de gente, incluso la sencilla.

Colaboración, trabajo interdisciplinar y multidisciplinar

Las dos últimas Congregaciones Generales han puesto de relieve también la importancia de la colaboración de jesuitas que cultivan especialidades diferentes, y de la investigación interdisciplinar². Sabemos cuán difícil es en la práctica un trabajo interdisciplinar que supere la superficialidad. Puede ocurrir, incluso, que se comience a trabajar sin que cada uno vea claros y acepte los planteamientos de otra disciplina que no sea la suya. He de hacer constar que la Compañía necesita investigadores de un tipo nuevo: con gran capacidad de síntesis que les permita presentar soluciones globales, de fondo, articuladas, que son las que necesitan los grandes problemas actuales de la humanidad. Hará falta también, hablando en general, superar nuestro individualismo y el egocentrismo de quien se encastilla en su propia especialidad.

Hemos de tener especial cuidado al analizar una situación local concreta a la luz de varias disciplinas. No será suficiente el contar con especialistas en varias cosas, sino que junto a quienes enfocan el problema desde un ángulo intelectual hay que tener en cuenta a aquellos que lo conocen existencialmente, por ejemplo desde la experiencia real de la pobreza.

Dada la diversificación de especializaciones de nuestros intelectuales, la extensión geográfica de la Compañía, la amplitud de contactos con grupos y culturas tan diversas, tenemos posibilidades excepcionales para actividades interdisciplinares. Y por lo mismo nuestra responsabilidad es mayor y estamos tanto más obligados a colaborar como cuerpo a la solución de los « grandes problemas con que hoy se enfrentan la Humanidad y la Iglesia » y que con tanta instancia nos ha recomendado la Congregación General XXXII: problemas que casi siempre son multidisciplinarios. ¡Y cuántas veces intentamos resolverlos de manera claramente insuficiente porque los atacamos sólo desde el ángulo de nuestra propia especialidad!

Conservar la sensibilidad y la sencillez

Otra cualidad indispensable del apostolado intelectual hoy es una gran sensibilidad hacia los hombres de cualquier clase, incluso las menos consideradas.

Para ello es necesario que cese en nosotros — y contribuir a

² CG XXXI d. 3, n. 14; CG XXXII d. 4, n. 60.

que cese en torno nuestro — la arrogancia, el desprecio por los no-intelectuales y cierta insensibilidad que, como consecuencia de « la objetividad » puede afectar a veces a los intelectuales.

Es ilusorio aspirar a abolir toda diferencia entre las profesiones humanas: la intelectual y la manual, por ejemplo. Pero es justo exigir que desaparezca el orgullo o el desprecio que van asociados a esas diferencias, y que se supriman los privilegios que se fundan en ellas. ¿No ha recibido de la sociedad cuanto tiene cada uno de nosotros? ¿Y no caemos frecuentemente, aun nosotros los jesuitas, en esa presunción de superioridad? ¿No nos aprovechamos, llegado el caso, de lo que prácticamente es un privilegio cuando lo que de nosotros se esperaba era un ejemplo de lo contrario?

Testimonio de pobreza en el apostolado intelectual

El tema que tratamos no queda al margen de esa profesión de pobreza que la Congregación General quiere que vivamos con mayor perfección. Las dimensiones de la pobreza no son materiales solamente. O, si se prefiere, existe también una pobreza de espíritu que es el tener que poner a disposición de todos cuanto hemos recibido: exigencia de modestia, de colaboración, de generosidad en comunicar nuestro saber, de acoger a los pequeños.

Por otra parte, según la Congregación General XXXII « *la solidaridad con los hombres que llevan una vida difícil y son colectivamente oprimidos no puede ser asunto solamente de algunos jesuitas* ». Aplicándolo a nuestro caso: incumbe también a los que se dedican al apostolado intelectual. Quizás no sean ellos quienes tengan que « *participar más de cerca la suerte de las familias de ingresos modestos* », aunque no faltarán quienes se sientan inspirados a hacer compatible esa participación y una vida de intenso trabajo intelectual. Yo querría animarlos a descubrir ese nuevo estilo de compromiso apostólico intelectual. Pero a todos los jesuitas intelectuales, como a todos los demás, afecta al menos el llamamiento a una conversión de su estilo o modo de vida. Aun reconociendo las legítimas necesidades del trabajo propio de un intelectual, no hay por qué vivir en todo como aquellos con quienes trabajamos. No faltan intelectuales, de credos muy diferentes, que lejos de comportarse como gente de recursos, dan en esto un magnífico ejemplo. Y nosotros, jesuitas, ansiosos de identificarnos con el « Cristo pobre que se identificó con los desposeídos » (d. 4, n. 48), ¿podremos quedarnos atrás?

Un testimonio de pobreza adaptado a las circunstancias es no sólo posible, sino necesario en el apostolado intelectual.

Fidelidad a las motivaciones evangélicas y apostólicas de nuestro compromiso intelectual

Finalmente, somos religiosos apóstoles y, muchos de nosotros, sacerdotes. Es este título de apóstoles y sacerdotes, como he dicho, el que justifica nuestro acceso a la investigación, a la ciencia como profesión, a la enseñanza superior o a cualquiera otra forma de servicio apostólico en el mundo intelectual. Pero no basta que sea bueno el punto de arranque. Es menester mantener ese equilibrio vivencial a lo largo del tiempo.

Los que se dedican al apostolado intelectual, siguiendo en ello el consejo de la Congregación General XXXI, deben « *guardarse de la tentación de creer que servirían a Dios de modo más adecuado en otras ocupaciones aparentemente más pastorales* » (d. 29, n. 2). Por eso no deben permitir que tras unos pocos años de trabajo científico otros ministerios más atrayentes bajo algunos puntos de vista, vayan absorbiéndolos con merma de su dedicación intelectual. Y por otra parte, por fidelidad a este mismo compromiso, deben mantener viva con no menor claridad, en su mente y en su corazón, la motivación expresamente evangélica y apostólica por la que lo aceptaron.

Y ahora preguntémonos: ¿es posible que, arrastrados por la corriente de la vida y abandonado el frecuente repaso de la historia de la propia vocación, nuestra existencia se haya ido reduciendo a un profesionalismo de la investigación o cualquiera otra tarea intelectual que ya no tiene que ver nada con el servicio del evangelio y que, para nosotros mismos y para los demás se ha vaciado de su contenido apostólico? En caso afirmativo, seamos conscientes de que, a menos que se produzca una realimentación de motivos en las fuentes iniciales de nuestro compromiso, ponemos en peligro nuestra vocación y, en todo caso, corremos el riesgo de hacernos apostólicamente estériles. Este esfuerzo de reempalmar con los orígenes ha de ser periódico, frecuente, incluso constante, como se ve en los ejemplos, antiguos y modernos, de jesuitas científicos o intelectuales universalmente reconocidos como apóstoles.

Concretamente: es indispensable que cada uno haya logrado y renueve sin cesar, de un modo muy personal, la integración de su actividad intelectual a su sacerdocio. Lejos de cualquier dicotomía interna, el sacerdocio debe vivificar nuestra vida intelectual incluso cuando esta revista apariencias secularizadas en algunos aspectos.

Permanecer como « enviados en misión »

Como jesuitas, somos « *hombres en misión* » (d. 2, n. 14). Esta nota esencial vale para el apostolado intelectual lo mismo que para cualquiera otra forma de misión. También esta realidad corre pe-

ligro de verse erosionada por los años si no estamos muy en guardia. Ahora bien, un jesuita, por muy grande que sea su prestigio intelectual, por muy altos que sean los puestos que ocupe en el mundo científico o universitario, nunca debe perder la virtud de dejarse guiar. Por inmerso que esté en una tarea que parece exigirle toda su vida, tiene que mantenerse disponible. Aceptemos todos con sencillez la voz de alerta de la Congregación General XXXII cuando insiste tan enérgicamente en el sentido de misión.

Integrados en el cuerpo de la Compañía

Quiero poner más de relieve aún el que la última Congregación nos ha situado de nuevo en un contexto de « *misión* » en cuanto cuerpo apostólico. Con ello exige la integración del trabajo de todos y, consiguientemente, del apostolado intelectual bajo cualquier modalidad en el cuadro apostólico de la Provincia, o, en todo caso, en el marco de la universal Compañía. Eso supone que todos, ocupados en actividades muy diversas, arriman el hombro a la carga común y se someten a la deliberación común en que se fijan y se articulan los compromisos apostólicos bajo la responsabilidad del superior.

Caso del apostolado intelectual más personalizado

Lo dicho es tanto más importante en cuanto algunos tendrán que desarrollar un apostolado intelectual en solitario, fuera de los centros de la Compañía. Ese tipo de apostolado puede responder perfectamente a nuestra vocación y a veces puede ser el único camino de acceso a determinadas especialidades. En ocasiones será indispensable para establecer contacto entre la Iglesia y esos medios. Sin embargo es necesario que destinos de ese tipo se den solamente tras un auténtico discernimiento espiritual del interesado y de sus propios superiores, y que estos tengan en cuenta, al elegir a los que se proponen enviar, las relevantes dotes humanas y religiosas que para ello se necesitan. Es indudable que antes de multiplicar tales misiones a nivel de Provincia, se debe comparar con toda atención su valor apostólico en esas circunstancias concretas con las posibilidades apostólicas que ofrecen los centros de la Compañía. Hoy como ayer, más de un criterio de los señalados por las Constituciones para la selección de ministerios, están a favor de centros estables, que tengan gran radio de influencia y en los que se trabaje en equipo. También el Papa nos recordó el valor de las Universidades Católicas ³.

³ Alocución a los Presidentes de Universidades de la Compañía, el 6 de Agosto de 1975.

De todos modos, los que reciben la misión de trabajar intelectualmente en una modalidad más personalizada, no pueden quedar marginados de la Provincia, ni por culpa de ellos ni por culpa de la Provincia. El Provincial debe dedicarles especial atención, sobre todo en los primeros años de ese ministerio. Debe quedar bien claro que su trabajo es contribución que se integra en el esfuerzo común. Para ello debe haber contactos frecuentes, conocimiento mutuo y profundo, participación en el discernimiento común. Menos aún habrán de quedar aislados en el seno de la comunidad.

Fidelidad a la Iglesia que da la misión

Somos « *hombres de misión* », pero *misión de Iglesia*, se entiende, aunque sean los Superiores de la Compañía los que envían. He citado más arriba las palabras de Pablo VI sobre nuestra Compañía llamándonos « *enviados de Iglesia* » y aplicando muy especialmente este calificativo, aunque no en exclusiva, a las empresas de nuestro apostolado intelectual. Esto conlleva el que un jesuita intelectual, especialmente si se ocupa de la Teología, debe tener en el ejercicio de su justa libertad de investigación un fino sentido de su responsabilidad de ser fiel a la Iglesia y conducirse en la práctica con responsabilidad. Este fué otro de los puntos que recalcó la Congregación General XXXII.

Equilibrio entre vida religiosa y sacerdotal

Unas palabras finales sobre el punto, ya tratado, del equilibrio entre nuestra vida religiosa y sacerdotal en que debemos progresar. Los que son sacerdotes, decía la Congregación XXXI, « *deben permanecer asociados a todos los demás sacerdotes en la unidad del sacerdocio ministerial para el servicio de los hombres* » (d. 23, n. 12). Teniendo en cuenta que también hay Hermanos que ejercitan el apostolado intelectual y Escolares que hacen en él sus primeras armas antes de llegar a las órdenes, quiero precisar que la misma recomendación vale para ellos: unión estrecha con todos los que laboran en el apostolado de la Iglesia.

Quiero deciros una cosa que enseña la experiencia: el que progresa en su vida intelectual (de variedad profana o no profana) sin progresar simultáneamente en la profundización de su fe, se pone en peligro. Y de la misma manera, sin que pueda haber regla general dada la diversidad de necesidades y circunstancias, el mantenimiento del equilibrio de la vida sacerdotal del jesuita intelectual exigirá con frecuencia que tome alguna parte en un ministerio pastoral más directo o entre los más pobres.

Finalmente, su vida ha de estar centrada siempre y de manera clara en la Eucaristía, sacramento en que se consuma la transformación del mundo a la que pretendemos colaborar tanto por la ciencia como a través de la acción ⁴.

CONCLUSIÓN

En resumen: no es este el momento de aflojar el compromiso de la Compañía en el apostolado intelectual. Ni lo fué después de la Congregación General XXXI ni lo es después de la XXXII. Pero sí es el momento de discernir nuevos campos de aplicación de este apostolado. Es el momento de darle un estilo nuevo en armonía con las exigencias de fe y justicia confirmadas por la última Congregación. Es hora de superar los individualismos aislados. Es el momento de las obras interdisciplinares y de la integración apostólica de todas nuestras tareas. Y añadiré que es también el momento de renovar la « *misión* » y el sentido de la misión.

Para concluir, pido a los Provinciales que a la hora de planificar los ministerios cara al futuro, tengan muy en cuenta el apostolado intelectual.

Pido también a los jóvenes jesuitas con cualidades para ello que se muestren disponibles y se sometan de buen grado a esa lenta preparación que sólo fructifica a largo plazo, prontos a abrazar una vida de paciencia y, sobre todo, de fe. Que los responsables de la formación los apoyen y acompañen en ese esfuerzo.

Y por último, a todos aquellos que ya hace años apostaron su vida a este apostolado y en él la consumen investigando, enseñando, o en cualquiera otra forma de presencia entre los intelectuales, les pido que vuelvan los ojos a las fuentes de su compromiso; que descubran otra vez las motivaciones de entonces, si fuese necesario, y que logren ese estilo nuevo de apostolado intelectual que quiere la Congregación General XXXII. Y si las incomprendiones les hubieran sumido en la amargura, busquen en el Señor fuerza para superarla animados por el aliento apostólico de la última Congregación. Renovándose así, a partir de la propia vocación, su abnegada vida, encauzada ya en esa línea sin posibilidad de retorno, adquirirá nueva fecundidad. Será un valioso ejemplo y el aliento que necesitan los jóvenes para embarcarse en una vida cuya austeridad no se les oculta. Pero el mejor ejemplo será siempre el de una fraterna unión con los demás jesuitas de la Provincia que se ocupan en otros apostolados y se mueven en medios diferentes.

⁴ Cfr. CG XXXI d. 23, n. 12; CG XXXII d. 11, n. 35.

Doy la última mano a esta carta en el momento en que el mundo entero se dispone a celebrar la Navidad. Que el Verbo de Dios nacido entre los hombres sea la verdadera luz que ilumina nuestro trabajo, la Sabiduría que guía nuestra palabra, la presencia que habita en nuestro corazón.

Roma, Navidad de 1976

PEDRO ARRUPE
Praep. Gen. Soc. Iesu